

Modelos de formación en las microempresas: en busca de una tipología

Graciela Messina

A MODO DE INTRODUCCIÓN: EDUCACIÓN Y TRABAJO

La relación educación- trabajo constituye un tema fundamental, ya que el trabajo está en el horizonte de las personas que han aceptado la legalidad de la sociedad moderna. El trabajo se ha transformado en un destino, en el domicilio obligado de todos. Aun más, el trabajo entendido bajo ciertas condiciones sociales y de producción.

De allí que la educación no pueda sino referirse al trabajo, aun cuando pretenda permanentemente reivindicar su autonomía. En efecto, desde su origen la escuela se ha sustentado en la ruptura entre trabajo y estudio, entre trabajo manual e intelectual, entre los que estudian y los que trabajan. Aun cuando surge para que la clase trabajadora pueda cumplir con su papel de productora y reproductora de la sociedad capitalista, la escuela se constituye como la institución especializada en “educar”, instruir y socializar a las nuevas generaciones. La función económica de la escuela, que estaba tan clara en el capitalismo temprano, ha sido encubierta por nuevas tareas. Al mismo tiempo, desde distintas posiciones se ha reivindicado el nexo entre educación y desarrollo económico y entre escolaridad y empleo.

El área de la educación-trabajo ha sido promisoría en términos de intentos de articulación y, al mismo tiempo, no ha sido suficientemente desplegada en teorías y prácticas educativas, en particular las orientadas hacia los grupos más marginados. Consecuentemente, no sólo permanece como una agenda pendiente de las reformas educativas de las últimas décadas sino que se la redu-

ce generalmente a los ámbitos de la educación técnica de nivel medio y de la formación profesional.

La educación-trabajo tiende a ser considerada por la propia gente de educación como “un tema aparte”, un tema “técnico”, estigmatizado por algunos como un campo que se aparta de la academia y sus reglas de juego. Un tema especializado que sólo atañe a los que trabajan en él. Esta caracterización, desde el sentido común acerca de la relación educación-trabajo como algo “aparte”, se inscribe en una especialización creciente en el campo de la educación, que lleva a encerrarse en un área y a vivir las otras como ajenas (o sea, la socorrida frase: “no es mi tema”). Sin embargo, la educación- trabajo ha sido consagrada como área desde el campo mismo de la educación.

PROPÓSITOS Y METODOLOGÍA DEL ENSAYO

A partir de esta sumaria reflexión acerca del lugar que ocupa la relación entre educación y trabajo en el espacio educativo, este trabajo se refiere a la relación, a la intersección de los programas microempresariales y los jóvenes, con un enfoque que asume como eje los jóvenes y su constitución como sujetos mientras se desenvuelven los programas.

Asimismo, la descripción y análisis en sí de los programas no es el objetivo de este trabajo, sino pensar el tema “desde los programas”.

La tesis del ensayo es que en los años noventa ha ocurrido una expansión creciente de un único enfoque o manera de vivir y pensar, tanto en la sociedad, en la educación en general, en el área de la educación-trabajo y en el espacio particular de las microempresas; un enfoque que a fines de este texto llamaremos “enfoque de mercado”.

Las preguntas que han organizado el texto son: ¿qué les sucede a los jóvenes en los programas microempresariales; ¿qué cambios tienen lugar en términos de su autonomía y su manera de relacionarse con el trabajo; ¿cuál es función del Estado, las ONGs y la universidad en la promoción de una distribución más igualitaria y significativa del trabajo entre los jóvenes?

Se ha adoptado una estructura de ensayo comparado que explora y problematiza el tema sin proponerse arribar a afirmaciones concluyentes. El ensayo se organizó recurriendo a investigaciones acerca de programas que pueden ser caracterizados como “ejemplares” (*Chile Joven*, 1993, 1995 y 1997; programas del SERNAM, Chile, 1993; Programa de Formación Ocupacional de Jóvenes; CIDE, Chile, 1992, 1993 y 1996; Programa de Formación Empresarial: Haz tu negocio, CID, Perú, 1999).

Se entiende por programas “ejemplares”, aquellos que sintetizan en un caso particular los enfoques que se pretenden mostrar. Además, estos programas cuentan con estructuras que se han generalizado en la región. Algunos de ellos han sido asumidos como “modelos y han dado origen a otros programas, en el mismo país o en otros de América Latina (uno de los programas ejemplares seleccionados es *Chile Joven*). Algunas de estas investigaciones se basan en trabajo de campo en extensión (encuestas), otras en el trabajo de campo de tipo cualitativo (estudios de caso) y otras son estudios documentales.

También se recurrió a ponencias acerca de veinte programas de jóvenes, presentadas en un encuentro de “jóvenes que desarrollan proyectos para jóvenes”, así como a las conclusiones de los grupos de trabajo y las propuestas finales del evento (CEPAL/UNESCO, Encuentro “Mejores prácticas en proyectos con jóvenes del Cono Sur, noviembre de 1999).

La evaluación externa de un programa microempresarial del Perú ha sido la actividad central desde la cual se iniciaron las reflexiones y se recuperaron las otras experiencias.¹

A partir de estos programas, se creó una tipología, cuyo elemento diferenciador es el enfoque (dicotomizado en términos de enfoque “de mercado” versus “colaborativo” o solidario). Se entiende por enfoque del programa, una manera de insertarse en el campo social, ya sea reproduciéndolo o creando reglas de funcionamiento diferentes a las que rigen en el campo.

Los programas son caracterizados desde una perspectiva donde converge la educación en general, la educación de adultos y la educación-trabajo.

Por último, la tarea de mirar la relación entre microempresas y jóvenes, “desde los jóvenes”, fue compleja, ya que “se perdían los jóvenes”. Por un lado, existía más información acerca de los

programas que de los jóvenes en los programas. Por otro, se hizo presente durante el análisis una tendencia a dar cuenta de las estructuras relegando a los sujetos.

El texto se organiza como sigue. En primer lugar, se elabora una caracterización de los jóvenes y de las microempresas, un análisis del vínculo entre ambos y de las inscripciones de las microempresas en el campo de la educación y la educación-trabajo, con una especial referencia a los patrones comunes que orientan a las innovaciones educativas en general y a los programas microempresariales. A continuación, se propone una mirada sobre los programas microempresariales, para mostrar cómo se ha generalizado el enfoque de mercado. El texto culmina con observaciones acerca de cómo viven los jóvenes en los programas microempresariales, con una breve presentación acerca de propuestas para las microempresas elaboradas por los propios jóvenes, así como sugerencias de la autora en torno de la promoción de la autonomía en el trabajo, en el ámbito de las microempresas.

LOS JÓVENES EN SITUACIÓN DE POBREZA

Acercarse a los jóvenes sin establecer una separación rotunda entre jóvenes y adultos es la primera tarea propuesta por este texto. La separación no sólo bloquea cualquier intento intergeneracional de aprendizaje y trabajo sino que es la estrategia predilecta de quienes ejercen el control social. Siguiendo a Freire, la metodología bancaria no es privativa de la enseñanza sino que se presenta toda vez que desde un lugar se establece una creación y una verdad y desde el otro se la recibe. Siempre que uno sabe y el otro no sabe. Toda vez en que uno está bien y el otro está mal.

La segunda tarea se deriva de la primera: observar los significados socialmente aceptados de las categorías de “joven” y “adulto”. Desde el sentido común, una categoría está referida a la otra y viceversa. Mientras el adulto es definido como el hombre que ha llegado a completar su desarrollo, el sujeto maduro y listo para la procreación, el “joven” es un personaje inacabado, en transición y en condición de minoría de edad. Sin embargo, la palabra joven ingresa tardíamente al español (en el siglo XVII) y se relaciona con las fiestas de Júpiter, es decir con el momento de la exaltación, con

la fiesta, la explosión y la alegría (la jovialidad). El adulto, por el contrario, da cuenta del momento de la serenidad, del encuentro consigo mismo después de la exaltación de la fiesta, el momento de la fidelidad y de la coherencia del ser (lo opuesto a adularse).

La cultura occidental ha simplificado estas concepciones y atribuido a los jóvenes la minoría de edad, la dependencia y la indeterminación, pero también la pasión y el idealismo. A los adultos, por su parte, les ha sido atribuida la tarea de ser los proveedores legítimos de la familia burguesa (el adulto carga sus cargas). De allí las imágenes del joven libre y del adulto esclavizado por sus responsabilidades y preso de su rigidez y sus rutinas; un adulto conformista, desalentado y aburrido con su suerte o un adulto irresponsable que al renegar de sus obligaciones se comporta “como” un adolescente.

Se estigmatiza los jóvenes como el lugar del peligro o la amenaza, expresados bajo múltiples caras: la desorientación, la pasividad, la despolitización, la irresponsabilidad, la transgresión, el hedonismo complaciente o la adicción. También los jóvenes son el lugar de la pasión y la belleza, del erotismo, el vigor y el ímpetu temerario. Han sido transformados en eso por la cultura dominante. A los jóvenes también se les atribuye ser la promesa y la esperanza; se dice que “el futuro es de los jóvenes”, junto con los niños, mientras a los adultos les toca ceder la responsabilidad. Los jóvenes están siempre presentes en el discurso educativo y social; se han constituido como un grupo prioritario junto con las mujeres y los “pobres”.

Los jóvenes en situación de pobreza sufren una doble estigmatización: como jóvenes, reciben las atribuciones ya señaladas y como “pobres”, son reducidos a la falta y la carencia. La categoría “población en riesgo” da cuenta de esta reducción y de esta yuxtaposición de estigmas. Desde allí se genera un conjunto de categorías para justificar las políticas de olvido o de franco enfrentamiento con los jóvenes; entre ellas, la “resistencia cultural” y la incapacidad de los jóvenes para “constituirse como demanda social”. La idea de una escuela salvacionista, ante jóvenes y familias populares a la deriva, es parte de estos estereotipos. Una visión de los jóvenes desde una posición superior implica el mismo esquema desde donde se categoriza a los maestros como sujetos no comprometidos que necesitan profesionalización. Estos jóve-

nes en situación de pobreza no sólo están doblemente estigmatizados, además son confrontados con la imagen de mercado de la juventud.

Igualmente, es necesario reconocer que la juventud, al igual que la infancia, es una construcción histórica asociada con la sociedad burguesa del siglo XIX. Los jóvenes que viven en situación de pobreza son eternos adultos. La definición de la infancia como una etapa de preparación o incubación y de la juventud como una transición hacia la vida adulta, son sólo válidas para las clases privilegiadas, es decir para aquellas donde las familias tienen un capital que permite que los adultos asuman las etapas de no-incorporación activa de los niños y jóvenes. La idea misma de una secuencia lineal de etapas en el desarrollo entra en crisis en las clases populares.

A partir de este recorrido por los prejuicios acerca de los jóvenes, la tercera tarea es reflexionar acerca de ellos y de cuán involucrados estamos o hasta dónde los empleamos como categorías ordenadoras de la realidad. Lo que pensamos de los jóvenes dice más de nosotros mismos que de ellos. Sin duda, lo que piensan los jóvenes de los jóvenes populares difiere de lo que piensan los adultos. Sin embargo, puede aventurarse que las diferencias entre las visiones se relacionan más con clase social que con el grupo etario.

La cuarta tarea es crear un lugar de mutuo reconocimiento y de encuentro entre jóvenes y adultos. Para los que se inscriben en la categoría de adultos, es una tarea necesaria conectarse con los jóvenes que una vez fueron. A los jóvenes les toca recordar y reconocer las innumerables generaciones de jóvenes que los trajeron hasta aquí; en este siglo, al menos los jóvenes de las dos grandes guerras, los jóvenes del 68, los jóvenes detenidos-desaparecidos de los setenta y los ochenta en América Latina. También es una tarea para los jóvenes reconocer que su adultez está en el horizonte, así como observar sus sistemas de creencias acerca de los adultos. Pasos todos de una tarea intergeneracional necesaria para desarrollar programas de jóvenes y para jóvenes: la construcción de nuevos significados no antagónicos acerca de juventud y adultez.

ACERCA DE LA CATEGORÍA “MICROEMPRESA”

El primer punto que interesa analizar es que desde el nombre, la “microempresa”, es una categoría que crea una realidad y oculta otra, dando una ilusión de algo racional, manejable y formalizado. De acuerdo con el diccionario de uso del español, una empresa es una organización, una tarea que se empieza e “implica trabajo o presenta dificultad”.² Una empresa es nombrada como “casa”, “negocio” o “firma”, un lugar reconocido públicamente.

Una empresa tiene por finalidad la “explotación” de la cosa que nombra.³ En el mismo sentido, “emprender” es empezar, acometer; empezar, a su vez, es “cortar una pieza”; supone, por tanto, un corte con la rutina y las reglas anteriores. “Emprender” es también apoderarse de un espacio, abordarlo, apresararlo, hacerlo propio, en un proceso en el cual no sólo el “objeto” de la empresa, sino el sujeto emprendedor queda prendido y prendado de su propia acción. “Emprender” se acompaña generalmente de palabras como “camino”, “vuelo” o “marcha”, todas ellas indicadores de movimiento. De acuerdo con Moliner, “emprendedor” es sinónimo de “atrevido”, “dispuesto” y “entrador”.⁴

Desde las ciencias sociales, la empresa es un tipo de organización, un espacio con fronteras, orientado por un propósito y delimitado por éste. Una empresa ha sido cautivada por su propósito. La empresa nace en una sociedad determinada, el capitalismo. No es casual que la palabra “empresa” ingresara al español en el siglo XV. Aun más, la empresa actual es una empresa transnacional o integrada a redes transnacionales.

Por su parte, las actividades microempresariales se alejan de las características de la empresa así definidas: son informales, discontinuas, ligadas a la supervivencia, flexibles, con escaso reconocimiento público, dejan escasas huellas, cuentan con propósitos múltiples y cambiantes, están sujetas a procesos de declinación y cambio de actividad. En la microempresa tienen lugar procesos de autoexplotación, subempleo y sobreocupación antes que explotación racional de recursos. Los jóvenes microempresarios no coinciden mayoritariamente con la caracterización de atrevidos, entradores y dispuestos.

Consecuentemente, se afirma que el término “microempresa” no da cuenta de una actividad análoga a la empresarial sólo que en una escala menor, sino que, en ese proceso de transferencia, se modifica la actividad que la palabra nombra. Aún más, desde la empresa se está asimilando y reduciendo a una actividad diferente. Desde la empresa se configura a la microempresa. Al nombrar a estas actividades como microempresariales se establecen criterios de éxito que provienen de la empresa y que desconocen las características de las microempresas. El destino de los microempresarios también queda definido desde parámetros externos.

JÓVENES EN SITUACIÓN DE POBREZA Y MICROEMPRESAS

El segundo tema a considerar es el vínculo que se establece entre los jóvenes populares y las características de las organizaciones denominadas “microempresas”. Los jóvenes populares son más vulnerables socialmente, dada su situación de trabajo, escolaridad y condiciones de vida. De acuerdo con las investigaciones disponibles, presentan tasas más altas de desempleo que la población adulta; tienen menos capacidad de demanda que otros jóvenes de mayor escolaridad, se constituyen como una demanda “que no demanda”; se acercan a los programas de educación y trabajo tanto para mejorar sus competencias laborales como para dignificarse y reconocerse en un proceso de crecimiento; combinan el interés por aprender con la búsqueda de la certificación de sus aprendizajes.

En este marco, es necesario preguntarse si son las microempresas una posibilidad de inserción y promoción laboral para los jóvenes populares, cuando su principal limitación es su escasa “sostenibilidad”. ¿Las microempresas son un mecanismo de promoción o de segregación social? Esta condición es común a otras modalidades de la educación-trabajo, desde las misiones rurales hasta la educación técnica de nivel medio.

Con relación a esta pregunta, se aventura una respuesta: la microempresa ofrece a jóvenes altamente vulnerables una opción laboral igualmente frágil, como si correspondiera asignar al más débil la carga más dura. Ésta no es una paradoja sino una regla de la

sociedad capitalista. En el mismo sentido, los programas con enfoque de mercado, que aquí se presentan, siguen un razonamiento análogo; en efecto, el programa *Chile Joven* establecía que la salida laboral de microempresas se dirige a los jóvenes con mayor riesgo social, aludiendo a que se adaptarían mejor a estos espacios informales que a las empresas. Algunos informantes refieren a que eran los empresarios los que definían en la práctica los criterios de selección, ya que preferían contar en sus empresas con jóvenes disciplinados y con menor grado de marginación social. Aun más, en la ejecución del programa, los organismos capacitadores seleccionaban a los jóvenes más “rescatables”, los de mayor escolaridad y mejor presentación, para la opción laboral en la empresa. En el caso del programa CID, cuya única salida laboral es la microempresa, los jóvenes ganadores son los que desarrollan proyectos más rentables y con menor riesgo, los que tienen mayor capacidad emprendedora, medida por un examen “objetivo”, de escala de actitudes, los de mayor escolaridad y con mayores antecedentes familiares en la microempresa o actividades similares.

MICROEMPRESAS E INNOVACIONES EDUCATIVAS: LA UNIFORMACIÓN

Al observar los programas de promoción de las microempresas, la educación-trabajo y la educación en general, en términos de dominios de saber o reglas de juego, existen algunas reglas que las homologan entre sí, tales como las reglas de la inclusión excluyente, la uniformación, la metodología bancaria, el silenciamiento o la disolución del sujeto en nombre de la estructura.

En efecto, en los noventa las innovaciones, de las cuales las reformas se constituyen como programas “ejemplares” presentan una tendencia a la homogeneización y se organizan en torno de un “pensamiento único”, formalizado en los mandatos del Proyecto Principal de Educación para América Latina y El Caribe y el programa interagencial de “Educación para todos”. Se consolida el principio de una educación subordinada al desarrollo, cuya función es “responder” a las demandas del sistema social y productivo. En este sentido, la educación “responde”, mientras el papel

protagónico corresponde al sistema social y económico que define exigencias o requerimientos.

En este marco, las innovaciones educativas son más un lugar de repetición que de cambio. En gran parte de ellas, el nivel central de las administraciones nacionales define los modelos, mientras las escuelas se constituyen como el lugar de la ejecución. Los estados nacionales, apoyados por la cooperación internacional, especialmente los bancos, promueven una cierta manera de hacer educación que se legitima y expande de una región a otra del mismo país y de un país a otro. Una parte de las ONGs se incorpora al aparato del Estado, ya sea porque sus estrategias son asimiladas a programas oficiales, porque se transforman en instancias en las cuales se delega la ejecución de programas oficiales (mediante licitaciones públicas y asignación de fondos) o porque el Estado y/o la cooperación internacional apoyan y extienden programas de las ONGs.

Las innovaciones educativas están en general más interesadas en los cambios en las estructuras de los programas que en las capacidades de las personas y grupos. También las innovaciones están más interesadas en uniformar que en promover la diversidad (currículo por objetivos comunes y contenidos mínimos, concursos de proyectos con un marco común, pruebas nacionales de rendimiento, y demás). Procesos análogos de uniformación ocurren en el campo de los programas que promueven microempresas, donde el enfoque de mercado se ha ido extendiendo progresivamente.

Asimismo, la uniformación educativa es parte de un proceso creciente de transnacionalización social y política, donde se combinan procesos de exclusión e inclusión y la exclusión se presenta como una estrategia al servicio de la inclusión en un mundo “globalizado” donde se disuelven y anulan las diferencias. Se destaca este punto porque habitualmente se habla de exclusión, como si algo estuviera afuera. En este tiempo, todo está “dentro”: el niño o el adulto de la calle, que vive su vida expuesto y sin protección del Estado o el prisionero del campo de concentración, que es reducido a un número y anulado en su diferencia. Este proceso de “inclusión excluyente” tiende a “tragar las diferencias” y se sostiene en políticas sistemáticas de olvido de toda diferencia para crear sujetos en serie, consumidores de una única ideología y de mercancías innumerables.⁵ Un mundo donde los objetos crean sus

mercados y el consumo una fantasía de integración, donde coexiste el trabajo altamente burocratizado para unos pocos y una “informalización” creciente y transversal del trabajo que supera la imagen de un nicho o sector informal de la economía; un mundo donde crece la esperanza de vida de la población, mientras la automatización del trabajo se constituye en una amenaza y no en una manera de mejorar sus condiciones de vida.

PROGRAMAS DE PROMOCIÓN DE LAS MICROEMPRESAS EN AMÉRICA LATINA: EN BUSCA DE UNA TIPOLOGÍA

Una primera mirada pone de manifiesto que no existe un único tipo de microempresas sino varias configuraciones. La multiplicidad de modalidades e instituciones es propia del área de educación-trabajo, donde las investigaciones registran la presencia de un alto número de instituciones y programas, “una maraña institucional”, con escasa articulación entre sí.⁶

Los programas de promoción de microempresas pueden diferenciarse según el enfoque (de mercado versus solidario) y según el tipo de estructura: programas de capacitación ocupacional más actividades de producción versus programas que sólo organizan actividades de producción. La combinación de ambos criterios da lugar a cuatro casillas o categorías (Cfr. Cuadro 1):

- Programas que combinan capacitación más talleres de producción solidaria.
- Programas de promoción de microempresas solidarias.
- Programas de promoción de microempresas de mercado.
- Programas de capacitación más producción, orientadas al mercado.

Los programas pueden volver a subdividirse de acuerdo a su origen (sector educación o sector trabajo, Estado u ONGs).

El enfoque de mercado supone algunas reglas: *a)* eliminación o reducción de la educación general o de los espacios de reflexión; *b)* reducción de la capacitación ocupacional (a unas doscientas horas y a capacitaciones puntuales donde no se forma para y en el

trabajo como actividad humana sustentadora de la vida social); c) acciones con y para jóvenes reclutados a título individual; acciones de producción de «negocios», igualmente individuales; d) «negocios» y/o cursos de capacitación diseñados sin la consulta a los jóvenes sino desde los programas microempresariales o de capacitación-producción, las empresas o los organismos capacitadores de ejecución; e) en algunos casos, empleo del mecanismo de concurso de proyectos por fondos concursables, para seleccionar a los jóvenes.

El enfoque solidario o colaborador supone también un conjunto de reglas, tales como, la orientación por el principio de “aprender haciendo y produciendo en comunidad”, la inserción comunitaria del programa, el trabajo con instructores de la comunidad y un currículo emergente, la consulta a los jóvenes, la promoción de espacios de reflexión acerca del trabajo y la coyuntura social y política, la creación de espacios comunitarios de producción e intercambio. Sin duda, los programas que se inscriben en este enfoque trabajan con los grupos más marginados y sin asumir estrategias de selección sistemática ni de desfocalización “espontánea”.

El modelo de “capacitación más producción” implica que a una etapa exclusivamente destinada a la capacitación ocupacional sigue la inserción laboral, ya sea en una empresa del sector formal o en una microempresa. Por el contrario, el modelo de “producción” tiene por propósito central la creación de las unidades de producción, mientras la capacitación es sólo un componente que apoya al inicio la formulación del proyecto o algunas actividades durante el proceso.

En la Casilla 1 se encuentran programas de “inserción laboral precaria”, que buscan acercar a los jóvenes al trabajo combinando una capacitación inicial con salidas laborales múltiples (en la empresa, autoempleo o microempresa). Estos programas masivos, con financiamiento internacional, reclutan a los jóvenes a través de oficinas municipales y delegan la ejecución en organismos capacitadores, la mayoría de ellos privados, que forman un mercado de la capacitación (programa *Chile Joven*). En el caso de programas para mujeres, la capacitación laboral se integra con programas de cuidado infantil, asistencia legal, salud y vivienda (programas del SERNAM, Chile).

Cuadro 1
Tipos de microempresas, según enfoque y tipo de articulación
(década del noventa)

TIPO DE ARTICULACIÓN	ENFOQUE	
	De Mercado	Colaborativo
Capacitación más producción	Programas de inserción laboral precaria (desde el Estado) (programas para jóvenes) (programas para mujeres) Casilla 1	Programas de Capacitación-Producción solidaria (desde ONGs) Casilla 2
Focalizado en producción	Microempresas de negocios (desde ONGs) Casilla 4	Microempresas colaboradoras (economía solidaria) (desde ONGs) Casilla 3

La Casilla 2 incluye a programas que, si bien cuentan con la misma articulación de la casilla 1, “capacitación más producción”, tienen un enfoque radicalmente distinto: un programa de una ONG (CIDE, Chile), de inserción comunitaria, con veinte años de trayectoria, que rescata la tradición de la educación popular, ofrece educación general y actividades de reflexión acerca del contexto social y promueve la organización comunitaria.

La Casilla 3 incluye a programas de formación de microempresas insertas en la comunidad, desde ONGs del sector trabajo, que son parte de circuitos de economía solidaria.

La Casilla 4 da cuenta de un programa de una ONG peruana, de promoción de microempresas de negocios para jóvenes en situación de pobreza, que selecciona a los jóvenes a través de concursos de proyectos, altamente piramidales. A modo de ejemplo, en 1998, se sensibilizaron 20 mil jóvenes, de los cuales se inscribieron 1 300; trescientos se presentaron un proyecto y resultaron ganadores diez con premios en dinero, y se firmaron cincuenta convenios de capacitación y asistencia técnica con jóvenes ganadores y no ganadores.

El programa trabaja con unos pocos jóvenes, los que reúnen las mejores condiciones, y se promueve el trabajo individual. La red de empresarios es una inscripción formal sin trabajo colaborador. El programa busca propiciar una cultura empresarial, centrada en la persona; se crea un nicho de negocios para la propia institución tanto al invitar a los jóvenes, después del concurso, a participar en las actividades de capacitación y asesoría, como con la distribución de una guía que propone estrategias para hacer buenos negocios.

Esta matriz ha sido pensada a partir de unos pocos programas específicos. Sin embargo, puede ser una pista para una investigación exhaustiva en terreno.

Los programas seleccionados presentan una característica común: son programas que generan otros programas. En efecto, la estructura del programa del CIDE fue, sin duda, inspiradora para que el gobierno democrático diseñara programas para jóvenes desocupados, pero se invirtió su sentido y se creó un programa radicalmente distinto, el *Chile Joven*.

El *Chile Joven*, a su vez, dio lugar a programas estatales similares en otros países de la región (con fondos de los bancos), mientras en Chile se desarrollaron contemporáneamente programas estatales para mujeres con una estructura similar. A partir del programa CID se concibió un programa estatal para mujeres en Perú, dependiente del Ministerio de Justicia.

Es importante destacar que estos programas se democratizan cuando se orientan hacia mujeres. En el caso del programa CID, que inspira un programa estatal para mujeres, se observa que este último programa promueve la participación de mujeres con y sin experiencia en negocios, estableciendo circuitos separados, así como involucra a grupos de mujeres organizadas e incluye la formación en derechos humanos. Igualmente, en los programas estatales del SERNAM (Chile) de capacitación ocupacional para mujeres, con una estructura similar al *Chile Joven*, el componente de formación ocupacional era parte de un único sistema de acciones que contemplaba el cuidado infantil, la salud, la vivienda y la asistencia legal. Los programas para mujeres, además, se abren a mujeres de diferente edad, sin circunscribirse a las mujeres jóvenes.

LA EXPANSIÓN DEL ENFOQUE DE MERCADO

Si bien la clasificación presentada da cuenta de los diferentes programas de promoción de microempresas, es interesante destacar cómo tienden a unificarse en torno al enfoque de mercado. En los años noventa, el enfoque de mercado ha sido impuesto en varios estados de la región, como una iniciativa promovida por la cooperación internacional.

En algunos países, desde el Estado y, en particular, por los ministerios del trabajo, se ha comprometido a través de licitaciones y fondos concursables a programas de las ONGs, algunos de ellos inscritos desde los años ochenta en la educación popular, como parte de procesos de resistencia política a las dictaduras. Otros programas de ONGs que se integraron al Estado habían sido creados en los noventa y diseñados desde el origen con una lógica de mercado.

Uno de los programas solidarios, que fue pionero en el área de la educación trabajo, operó en los noventa en dos “frecuencias” o circuitos: mantuvo acciones “autónomas” y diferenciadas del aparato del Estado y simultáneamente realizó otras como parte de un programa estatal masivo. En la actualidad el programa sólo realiza acciones para el estado. Algunos programas se mantienen totalmente al margen del Estado y con recursos propios (generalmente de la cooperación internacional europea).

Este movimiento es desde el estado hacia las ONGs y desde el sector trabajo hacia el sector educación; da cuenta también de la presencia más fuerte de los ministerios del Trabajo en el campo de la educación-trabajo. Este movimiento ocurre junto con una mayor presencia de los bancos internacionales en el campo de la educación. Aunque esto sucede en los noventa, en los ochenta se promovían los talleres productivos solidarios tanto por las ONGs del campo de la educación como del trabajo.; En este último caso, los talleres productivos eran parte de las economías populares donde también se inscribían las organizaciones de ayuda o de consumo (programas de ollas populares, Compremos Juntos, y otros).



Se concluye que para estos programas la capacitación es una forma de inversión social. Aun más, en una primera mirada se concluye que los programas cumplen una función de inserción laboral

precaria antes que de educación-trabajo (trabajos discontinuos, bajos ingresos, alta rotación, sobreocupación). En una segunda mirada, puede observarse que predomina la función de contención política antes que de educación-producción.

La expansión del enfoque de mercado al interior de los programas microempresariales deja más solos a los grupos marginados, lo cual confirma la tesis de que, en relación con los programas de educación-trabajo, estos sectores son "tierra de nadie".⁷

Se observa que el enfoque de mercado se propaga desde el control de los recursos. Y en el origen de los programas están los recursos de la cooperación internacional (después, los países pueden aportar fondos propios). En este contexto, no es casual que las

Cuadro 2
Tipos de microempresas, según enfoque y tipo de articulación
(década del noventa)

TIPO DE ARTICULACIÓN	ENFOQUE	
	Enfoque mercado Expansión 	Enfoque colaborativo
Capacitación más producción	Programas de inserción laboral precaria (desde el Estado) (programas para jóvenes) (programas para mujeres) Casilla 1 	Programas de Capacitación-Producción solidaria (desde ONGs). En parte o totalmente se integran al Estado. Casilla 2
Focalizado en producción	Microempresas de negocios (desde ONGs) en parte se integran al aparato del Estado Casilla 4	Microempresas colaborativas (economía solidaria) (desde ONGs) Casilla 3

dificultades aludidas más frecuentemente por los programas de jóvenes sean la falta de recursos, y las referencias a la necesidad de preservar su supervivencia institucional. Uno de los programas crea su propio espacio institucional tanto con los jóvenes que ganaron el concurso y empiezan a organizar su microempresa como con los jóvenes que no fueron finalistas. Se ofrecen, por demás, diferentes servicios: capacitación (en un oficio, en elaboración del documento del proyecto, en gestión y comercialización), asistencia técnica o crediticia y materiales de aprendizaje.

Por último, es importante destacar que el enfoque de mercado conlleva un interés en apoyar a los jóvenes microempresarios desde una lógica de costo-beneficio. En efecto, los programas recuperan los pequeños trabajos de la gente y buscan potenciarlos desde la lógica del costo-beneficio.

LOS JÓVENES EN LOS PROGRAMAS QUE PROMUEVEN MICROEMPRESAS

El primer punto a destacar es que los jóvenes se interesan y se acercan a los programas. Los informes de los programas realzan que los jóvenes se muestran interesados en participar: averiguan, se inscriben y perseveran en asociarse al programa. Especialmente cuando existen condiciones facilitadoras que permiten informarse e inscribirse en la comunidad o a través de organizaciones de base o contactos informales, los jóvenes acuden a los programas, aun cuando se encuentran con una oferta preestablecida de cursos de capacitación o con un mecanismo de concurso y diseño de proyectos altamente selectivo y para el cual no están preparados. Esta primera conclusión contradice el estereotipo del joven desmovilizado o desinteresado.

El segundo punto es que pocos jóvenes llegan a los programas, ya sea porque éstos son de pequeña escala o porque, no obstante masivos, están pensados como programas de emergencia para atender a una pequeña proporción de la demanda potencial.

El tercer punto es que a los programas que responden al enfoque de mercado llegan sólo algunos tipos de jóvenes o, dicho de otra manera, los jóvenes no tienen garantizada la igualdad de oportunidades en el acceso. Por un lado, los programas que responden

al enfoque de mercado se “desfocalizan”, al incorporar a jóvenes que cuentan con mejores condiciones que las definidas para la población beneficiaria y dejando de lado a los más pobres. Por ejemplo, ingresan los que tienen mayor escolaridad, algo de capital para iniciar un negocio, están más informados o cuentan con mayor capacidad para informarse, tienen familiares que los pueden apoyar para preparar un proyecto, entre otros motivos.

Por otra parte, algunos de los programas emplean sistemáticamente criterios de selección para identificar a los “exitosos” en potencia entre los pobres (los jóvenes con mayor experiencia microempresarial, actitud emprendedora, menor nivel de riesgo del negocio, edades superiores a los veinte años, etcétera). En este caso, los programas de las microempresas discriminan al excluir a los más vulnerables. En otros programas con enfoque de mercado, por el contrario, los jóvenes más pobres son derivados hacia las microempresas, mientras los que cuentan con mejores condiciones son propuestos para trabajos en el sector moderno. Ciertamente, las microempresas se transforman en un espacio de segregación de los jóvenes con mayor “riesgo social”.

El cuarto aspecto a reseñar es que los jóvenes valoran algunos tipos de programas más que otros. En general, los jóvenes valoran los programas donde se articulan la capacitación ocupacional, la educación general y los talleres productivos. También valoran e incluso reclaman la acreditación pública de sus aprendizajes, así como los programas que se orientan por el principio de “aprender haciendo”, que promueven el aprendizaje en comunidad y realizan acompañamiento técnico.

Los sistemas de tutoría, las redes, “los puntos de contacto” en las comunidades- creados *ad hoc* por los programas - o las organizaciones de base facilitan a los jóvenes su participación en las microempresas. Por el contrario, la inscripción en oficinas municipales no favorece el acercamiento de los jóvenes.

Al mismo tiempo, se observa que los jóvenes que participan en programas con enfoque de mercado, no cambian algunas rutinas propias del espacio de carencia en el cual viven: acciones dispersas, incumplimiento de compromisos, escasa participación en actividades grupales, ausentismo o desertión en los cursos de formación, discriminación por género, o incluso el sometimiento a sus parejas en el caso de jóvenes microempresarias, que aceptan que

sean ellos quienes coordinen legalmente la microempresa tomen las decisiones y se queden con el mayor porcentaje de las ganancias.

También al interior de las microempresas, los jóvenes mantienen algunas prácticas propias del sector informal “cuentapropista”, como la inestabilidad en el rubro, la alta rotación, la mano de obra familiar, bajos ingresos, y otros.

Igualmente se observa que algunos jóvenes se perciben a sí mismos como “empresarios” diferenciándose y subvalorando a otros jóvenes de su propio entorno. Algunos tienen como referente al empresario del sector moderno, que se constituye tanto como modelo para ellos mismos y como cliente potencial para su negocio. Consecuentemente, los microempresarios, que están en condiciones de contratar a otros jóvenes, asumen como criterios los suscritos por los empresarios del sector moderno: disciplina, buen “léxico”, respeto y honradez.

Varios de los jóvenes han adoptado como natural la idea de hacer negocios y ser empresarios, sin cuestionar las diferencias con los empresarios del sector moderno. Igualmente, aun cuando son microempresarios, siguen haciendo referencia al trabajo como algo que se busca y se consigue y no que se crea. La mayoría de los jóvenes se involucran en microempresas individuales o de pocos miembros.

Con relación a los cambios observados en los jóvenes, un hecho rotundo es que predominan los “efectos secundarios” antes que cumplirse los propósitos de los programas. En este marco, sólo algunos jóvenes mejoran sus capacidades laborales; otros están sobrecalificados y el curso de capacitación no agrega valor o la microempresa funciona con dificultad y sujeta a discontinuidades. Las investigaciones subrayan que los jóvenes aumentan sus capacidades para buscar empleo, cambiar de trabajo, o empezar a trabajar. Igualmente, las evaluaciones refieren a que los jóvenes tienen más ganas de trabajar: “da más ganas de trabajar, sabes por qué estás haciendo las cosas y para donde va el negocio” (según el programa *Chile Joven*). Asimismo, gran parte de los jóvenes mejora sus capacidades para seguir instrucciones, disciplinarse y trabajar en grupo.

Sin embargo, pocos candidatos o postulantes logran poner en marcha su microempresa y de ellos sólo otros pocos mantienen su

microempresa en el tiempo. Los jóvenes que cuentan con mayor escolaridad formal, tradición familiar microempresarial o “cuentapropista”, experiencia previa en el rubro que eligen para la microempresa y apoyo de uno o más miembros de la familia con experiencia en el campo, son los que logran más autonomía y más eficiencia para sus microempresas.

Los concursos de proyectos, con un proceso de selección muy restrictivo y piramidal (se establecen pocos premios respecto de un alto número de inscritos), producen desaliento entre los “perdedores” y tensión entre los ganadores. Estos concursos, por un lado, excluyen a los más vulnerables y, al mismo tiempo, los incluyen, ya que integran a los perdedores y organizan para ellos actividades de asistencia técnica e intercambio que garantizan al mismo tiempo la sostenibilidad del programa.

Es importante destacar que los jóvenes desarrollan y conservan sus microempresas a costa de sobreocupación, pluriempleo, contratación de mano de obra familiar, quiebras del negocio, cambio de rubro al interior del área de las microempresas, dificultades de comercialización, bajos ingresos, aislamiento, apelación a contactos informales para resolver problemas durante el proceso (de comercialización, diseño, control de calidad), compromisos de crédito que no pueden solventar, desaliento e incertidumbre. Una parte de los jóvenes trabaja en su microempresa y conserva un trabajo como asalariado u otro trabajo en el sector informal.

Si bien es bajo el porcentaje de microempresas que prospera y se mantiene en el tiempo, el mayor logro que los jóvenes destacan no es que aprenden “otras cosas” (a presentarse, trabajar en grupo), sino que se valoran más a sí mismos, tanto en el seno de su familia como en la comunidad. Igualmente, declaran que aumenta su “empoderamiento”, su orgullo y su autoestima, especialmente en el caso de las mujeres. Una parte importante de los jóvenes manifiesta sentirse orgulloso de lo que está haciendo. Igualmente declaran que ellos han pasado a ser los jefes de familia, a sostener a sus padres y a complementar ingresos. Uno de los microempresarios afirma: “atrás no hay nadie, mantengo a mis padres, mis hermanos no colaboran; yo estoy solo y lo puedo hacer, con dificultades, pero lo puedo hacer”.

Las mujeres presentan cambios “pequeños” pero importantes. Pasan de ser inactivas a buscar trabajo, del servicio doméstico

al sector informal, y combinan la microempresa con actividades por cuenta propia o conservan algún trabajo asalariado. En general, destacan que pueden participar en condiciones de mayor autonomía y dignidad con sus familias, sus parejas y las comunidades.

Muchos de los jóvenes proponen microempresas en rubros tradicionales, como panadería, peluquería, herrería y se niegan a participar en microempresas en rubros nuevos y con salida de mercado; antes bien las microempresas formalizan lo que ellos ya saben hacer e incluso complementan un trabajo formal o un trabajo de la familia. Por ejemplo, una maestra de educación preescolar organiza una empresa para la producción y venta de materiales didácticos y, al mismo tiempo, conserva su cargo como profesora en un instituto de formación docente. Otra microempresaria organiza un taller de artesanía tradicional, recuperando la tradición familiar. Jóvenes de los talleres productivos solidarios organizan empresas comunitarias, como, por ejemplo, una panadería para la comunidad.

Los jóvenes se caracterizan por una gran inventiva en los rubros que trabajan en las microempresas: gimnasio popular, empresas de servicios en computación, artesanías, traslados, materiales educativos, cuidado de niños, y otros. Igualmente, son capaces de cambiar de rubro y de empezar de nuevo con flexibilidad.

El miedo sobreviene entre los jóvenes microempresarios: miedo a no poder cumplir compromisos ni sobrellevar la supervivencia. De allí la importancia de que las microempresas conlleven procesos educativos de formación general y de reflexión social y política.

Para muchos jóvenes microempresarios, el ingreso a la microempresa es “un lance”, una casualidad afortunada o no. Consecuentemente, es importante desde los programas encauzar y acompañar esta aparente no-elección.

Por último, se observa un “efecto de grupo”, independientemente del enfoque, los jóvenes tienden a crecer por la interacción grupal.

¿QUÉ PROPONEN LOS JÓVENES?

Se reseñan las propuestas de jóvenes acerca de proyectos con y para jóvenes, emanadas del Encuentro: “Mejores prácticas en proyectos con jóvenes del Cono Sur (Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay, CEPAL/UNESCO, 1999), cuyo propósito fue fomentar el análisis y discusión entre jóvenes acerca de lecciones aprendidas en el desarrollo de programas y proyectos juveniles en marcha, así como identificar proyectos exitosos surgidos de iniciativas juveniles y elaborar recomendaciones sobre formulación y evaluación de proyectos. Participaron en el evento veinte proyectos y especialistas en el tema (CEPAL/UNESCO, Santiago, noviembre de 1999). Es importante destacar que participaron proyectos de educación-trabajo, salud, ciudadanía y educación. Los proyectos de educación-trabajo representaban la mitad de los proyectos.

Los jóvenes identifican como principales fortalezas de los proyectos y los tributos personales: la voluntad, las ganas de hacer, el ímpetu, la fuerza, la fe, el espíritu emprendedor, el coraje y la motivación. También aluden a la capacidad de mantener contactos con los beneficiarios, el cumplimiento de los compromisos y la realización de actividades de evaluación y sistematización.

Con relación a la dificultad para constituir equipos de trabajo - en parte por la falta de tiempo de los voluntarios, la ausencia de equipos multidisciplinarios, el escaso acceso a la información disponible, la poca difusión de los proyectos, la falta de profesionalismo y la escasez de recursos, se asocian a la dificultad para formar equipos estables de trabajo junto con la falta de recursos.

En este marco reafirman el derecho de los jóvenes a participar, no como un espacio que se abre a modo de favor. En el mismo sentido, declaran que la formulación de proyectos es un ejercicio de los derechos de los jóvenes, de los “derechos humanos”. Reafirman, además, que los jóvenes deben definir sus necesidades, y rechazan toda forma de asistencialismo. Concluyen que esta manera de operar permitirá el “empoderamiento” de los jóvenes.

Proponen que el Estado y los organismos internacionales acompañen los proyectos promoviendo actividades asociativas y diferenciando los requisitos para postulación a fondos de los proyectos para los jóvenes versus los proyectos desde los jóvenes. Se solicita también que consideren a los proyectos de jóvenes con mayor

riesgo y que las condiciones para el financiamiento de los proyectos sean más flexibles.

En particular, recomiendan que se institucionalicen los proyectos, con la finalidad evitar las estructuras altamente personalizadas. Al mismo tiempo, subrayan que no puede pretenderse “institucionalizarlo todo”, porque esto ahuyentaría a los jóvenes que se resisten a las formalizaciones. Sugieren asimismo la puesta en marcha de programas educativos no formales para los jóvenes que satisfagan un requisito: el reconocimiento oficial. Finalmente, recomiendan mejorar los sistemas de evaluación, tanto internos como externos e incrementar los procesos de sistematización y difusión de las experiencias.

En síntesis, es un reclamo de participación y, simultáneamente, de apoyo, de institucionalización combinada con flexibilidad, de puesta en marcha de modalidades educativas no formales, pero, al mismo tiempo, con reconocimiento y certificación públicas. Es interesante destacar que los jóvenes destacan como fortalezas las propias capacidades de los participantes en los proyectos; un énfasis en cualidades individuales que pueden sintetizarse en “compromiso”. Es llamativo que los jóvenes no señalan como una debilidad los enfoques de mercado que presentan algunos proyectos microempresariales. Este punto no es reconocido ni los inquieta. Todas las recomendaciones pueden ser leídas como un espacio de negociación de los jóvenes que piden mejores condiciones para sus proyectos, más recursos y, sobre todo, criterios más flexibles para la postulación de fondos.

En este marco, los jóvenes reclaman un mayor espacio para diseñar y ejecutar proyectos, pero sin cuestionar el marco de la convocatoria o la manera como los gobiernos y la cooperación internacional han encarado la adjudicación de fondos para promover proyectos para y desde jóvenes.

PENSANDO EL AHORA

En este marco, la tarea que se vislumbra es tan compleja como promisoriosa. En primer lugar, es necesario promover las microempresas mediante la creación de reglas nuevas, con los propios interesados, en vez de aplicar mecánicamente las llamadas

“reglas del mercado”. El punto de partida es crear comunidades, hacer de cada microempresa un espacio solidario. Sin duda, la tarea cuenta con un terreno fértil cuando la microempresa se organiza en el seno de una comunidad organizada, donde existen organizaciones de base y/ o donde está presente una cultura fuerte o una pertenencia étnica articuladora o existen patrimonios físicos comunes (bosques, tierras, talleres). Éste es un campo de trabajo donde pueden desarrollar acciones conjuntas el Estado, las ONGs y las universidades. En particular, se recomienda:

- a) Crear condiciones para que los programas puedan articular educación con trabajo, en el marco de una propuesta de educación básica que integra la formación general con la formación en y para el trabajo (y no que yuxtaponga formaciones o haga del lugar de trabajo una nueva sala de clases). En el mismo sentido, orientar el programa hacia los jóvenes de los sectores populares en su conjunto, sin seleccionar a los mejores. Implica también mirar las categorías que manejan los proyectos como naturales: “población en riesgo”, “bolsones de pobreza”, “evaluación de impacto”, “inserción laboral”, “negocios”, y otros.

Esto también supone diversificar y democratizar la atención por medio de programas o circuitos específicos para jóvenes sin experiencia en negocios, mujeres jóvenes, jóvenes rurales, jóvenes con baja escolaridad, y otros. Esta propuesta más abierta conlleva también la incorporación de la dimensión de género. El movimiento de mujeres reivindica el género como una categoría política y no como un componente técnico de los programas educativos. La posición del Banco Mundo con respecto a la condición de género es que: “la equidad de género fomenta el crecimiento económico”).

- b) La formación de microempresas con la participación de los propios jóvenes en el diseño del programa y en su puesta en marcha. Esto implica tanto la consulta a los jóvenes como no limitarse a responder a las demandas individuales que se presenten, sino contribuir a la construcción de una demanda social. Supone también integrar a las organizaciones ju-

veniles y a las instituciones especializadas en acciones con los jóvenes.

Desde el Instituto Nacional de la Juventud de Chile, se manifiesta la necesidad de rescatar la voz de los jóvenes y de brindar capacidades para que ellos puedan definir sus vidas. Aluden también a que los programas educativos deben contribuir a cambiar el parámetro de éxito, trasladándolo desde el mercado hacia la familia, la comunidad y la sociedad (según la consulta de la UNESCO de abril del 2000). En síntesis, se propone trabajar con y para los jóvenes, evitando hacer de ellos una población cautiva o un nicho de negocios para la supervivencia institucional del programa. En el mismo sentido, resulta perentorio que desde los programas se pongan en cuestión las reglas del mercado de trabajo.

- c) La autocapacitación, la capacitación por personas de la comunidad o externas a ella y el acompañamiento técnico permanente de los llamados microempresarios.
- d) La constitución de microempresas “grupales” y la organización de redes entre microempresas, con la finalidad de promover el intercambio de experiencias y el mutuo acompañamiento. Estas actividades se enmarcan en principios tales como propiciar el interaprendizaje y la reflexión desde la práctica.
- e) La mediación con las instituciones de crédito para lograr préstamos en condiciones preferenciales, y la promoción de condiciones favorables para la comercialización. Sin embargo, es importante destacar que, en algunos países, se ha promovido la microempresa como una actividad principalmente productiva, donde el Estado concentra su actividad en el apoyo financiero. Esta postura “sin educación” no favorece la creación de microempresas autónomas; consecuentemente se recomienda no limitarse al apoyo financiero.

Aún más, es una tarea crucial revelar que la “viabilidad” de las microempresas depende de ciertas condiciones garantizadas por el Estado: una educación pública obligatoria y gratuita de al menos nueve años “para todos”, políticas sociales redistributivas en materia de salud, vivienda y empleo, así como la promoción y

apoyo específicos a las microempresas, en términos de la ubicación de su producción y apoyo financiero.

Sin embargo, la tarea “fundamental” es asumir la educación como un espacio de relativa autonomía que no se limita a responder a las demandas del sistema productivo. Esto implica apoyar a los jóvenes a vivir su trabajo como obra, desde la recuperación de la cotidianeidad. Supone resignificar el trabajo reconociendo que el momento de la ejecución o el desempeño no es algo técnico (como tampoco la práctica es técnica), sino un proceso donde se combinan la dimensión social e individual, la teoría y la práctica.

Si la vida cotidiana tiende a la homogeneización, si los sujetos son “hablados” por la opinión dominante, si el pensar es antes que nada “pensar calculador”, si la práctica es teórica- en el sentido de cargada de conocimientos previos-, una tarea central para todos es recuperar la singularidad y la especificidad como sujetos. Esta especificidad implica conectarse no sólo con el trabajo como *work* o trabajo socialmente necesario y homogeneizante- cuya característica es que sus productos pueden ser usados por otros- sino con la dimensión del trabajo como *labour*, como ejecución individual en la cual las personas se reconocen y valoran, como obra (lo opuesto a trabajo alienado) y no como una carga o faena, impuesta e inevitable para garantizar la supervivencia.

De este modo, el sujeto que se reconoce en cada práctica está en condiciones de dejar de ser un sujeto domesticado por la sociedad para pasar a ser un sujeto que mira el mundo en que habita y crea comunidad. El espacio entre pares de la microempresa puede ser un lugar para que el sujeto recupere su especificidad y desde allí constituya comunidades. En este sentido, la microempresa es concebida inicialmente como una comunidad que permite a los jóvenes encontrarse con su trabajo y, a su vez, puede afirmarse como comunidad a partir del crecimiento de sus miembros. El trabajo vivido como obra es también la posibilidad de vivir en el acontecimiento, en la desregulación de la propia historia y en estar abiertos a lo nuevo. Esta posibilidad de reconocerse en el trabajo no es exclusiva de los trabajos “intelectuales” o calificados, sino de cualquier trabajo. Reconocerse en el trabajo, en cualquier trabajo, permite vivirlo como obra y crecer en integridad.

Si se postula esta tarea como el núcleo del hacer en el campo de las microempresas, no sólo se contribuirá a la autonomía de los

jóvenes sino que al hacerlo con ellos, también los adultos podrán mirar su propio trabajo y acercarse a la propuesta de ser nuevos cada día. Foucault llamaba a esto “el cuidado de sí” o la observación vigilante, que es siempre una operación de lectura. Si se concibe a la educación como sanación (el casillero vacío del cual hablaba Bernstein), es posible acercarse a una unidad de vida y trabajo, donde toda la vida es trabajo y el trabajo es vida, en vez de la ilusión de que la vida empieza cuando se acaba la jornada de trabajo. Y entonces la promesa de la educación, de ser el lugar para nacer de nuevo, se habrá cumplido.

NOTAS

1. Graciela Messina, *Informe de evaluación del Proyecto de Formación Empresarial CID (programa de promoción de microempresas para jóvenes, componente de capacitación, Perú)*, documento de trabajo, UNESCO, Santiago, 1999.
2. María Moliner, *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, 1994.
3. *Ibidem*.
4. *Ibidem*.
5. Jean Louis Déotte, *La sociedad en la época de la desaparición*, ponencia, Santiago, 1999.
6. María Antonia Gallart, *La formación para el trabajo en América Latina: pasado, presente y futuro*, Buenos Aires, CENEP, 2000, ponencia para la reunión prospectiva preparatoria de la VII Reunión del Comité regional intergubernamental del PPE, Santiago, agosto del 2000; Enrique Pieck, *Función social y significado de la educación comunitaria. Una sociología de la educación no formal*, UNICEF/El Colegio Mexiquense, México, 1996.
7. Pieck, “Educación de jóvenes y adultos vinculada al trabajo”, en UNESCO/CEAAL/CREFAL/INEA, *La educación de personas jóvenes y adultas en América Latina y el Caribe. Prioridades en el siglo XXI*, UNESCO/CEAAL/CREFAL/INEA, Santiago, 2000.
8. Realizado en 1993, este estudio fue actualizado en 1995 con el título de “Capacitación para el sector informal de la economía: actualización”, documento de trabajo, Universidad de Edimburgo, UNESCO/Santiago, Santiago, 1995.

BIBLIOGRAFÍA

DÉOTTE, JEAN LOUIS, *La sociedad en la época de la desaparición*, ponencia, Santiago, 1999.

GALLART, MARÍA ANTONIA, *La formación para el trabajo en América Latina: pasado, presente y futuro*, Buenos Aires, CENEP, 2000, ponencia para la Reunión prospectiva preparatoria de la VII Reunión del Comité regional intergubernamental del PPE, Santiago, agosto del 2000.

HELLER, AGNES, *Sociología de la vida cotidiana*, Península, Barcelona, 1991.

Heller, Agnes, *La revolución de la vida cotidiana*, Península, Barcelona, 1982.

MESSINA, GRACIELA, *Informe de evaluación del Proyecto de Formación Empresarial CID (programa de promoción de microempresas para jóvenes, componente de capacitación, Perú)*, documento de trabajo, UNESCO, Santiago, 1999.

MESSINA, GRACIELA, Y WEINBERG, P., "Reflexiones para un diálogo sobre educación y trabajo", en Educación técnica y formación profesional en América Latina, UNESCO/Santiago, Oficina Regional de Educación, Santiago, 1996.

MESSINA, GRACIELA, "Education and Training for the Informal Sector: The Case of Chile", en *Education and Training for the Informal Sector*, ODA, Education Research, Occasional Papers on Education, Londres, 1995.⁸

MESSINA, GRACIELA Y COLABORADORES, *Evaluación de los programas de capacitación ocupacional para mujeres populares en Chile*, informe de trabajo, CELAH, SERNAM, 1993.

MOLINER, MARÍA, *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, 1994.

PALMA, CLAUDIO Y ANDREANI, RICARDO, *Capacitación laboral de jóvenes populares: el caso chileno*, Documentos, CIDE, Santiago, N° 5, 1996.

PIECK, ENRIQUE, *Función social y significado de la educación comunitaria. Una sociología de la educación no formal*, UNICEF/El Colegio Mexiquense, México, 1996.

PIECK, ENRIQUE, "Educación de jóvenes y adultos vinculada al trabajo", en UNESCO/CEAAL/CREFAL/INEA, *La educación de personas jóvenes y adultas en América Latina y el Caribe. Prioridades en el siglo XXI*, UNESCO/CEAAL/CREFAL/INEA, Santiago, 2000.

SANTIBÁÑEZ, ÉRIKA, *Capacitación de jóvenes desocupados y talleres productivos: un estudio de caso*, CIDE, Santiago, 1992.

SANTIBÁÑEZ, ÉRIKA Y IBÁÑEZ, SERGIO, "Proyecto laboral de jóvenes desocupados y talleres productivos", en Consuelo Undurraga (et al.), *Educación y calidad de vida. Tres estudios de caso*, CIDE, Santiago, 1993.